

llevaba Rodolfo, y se precipitaron en el Conejo Blanco, tan agitados como si hubiesen dado una larga carrera.

Su primer impulso fué mirar á todos los ángulos de la sala.

— ¡ Fuerte desgracia! — dijo uno de ellos; — ha salido ya... Otra vez hemos errado el golpe.

Los dos recién venidos hablaban en inglés.

La Cantaora, aterrada por el encuentro con la Lechuza y temiendo las amenazas del Maestro de Escuela, se aprovechó del tumulto y de la sorpresa causada por la aparición de los dos nuevos huéspedes, y salió de la taberna deslizándose por la puerta entreabierta.

## VI

## TOMÁS SEYTON Y LA CONDESA SARA

Las dos personas que acababan de entrar en el Conejo Blanco no pertenecían á la clase de los parroquianos de la taberna. Uno de ellos era alto y delgado, tenía el pelo blanco, cejas y patillas negras, la tez morena y el aspecto grave. Llevaba una levita larga abotonada militarmente hasta el cuello. Su nombre era Tomás Seyton.

Su compañero era de buena presencia y parecía tener unos treinta y tres ó treinta y cuatro años; el cabello, las cejas y los ojos negros realzaban la pálida blancura de su semblante; y en su ademán, en lo bajo de su estatura y en lo delicado de sus facciones era fácil reconocer á una mujer disfrazada de hombre.

Era la condesa Sara Mac Gregor. El lector sabrá más adelante los motivos que llevaron á la Condesa y su hermano á la taberna de la Cité.

— Tomás, pide de beber y pregunta por *el* á esas gentes, que acaso nos dirán algo, — dijo Sarah en buen inglés.

El hombre cano y de cejas negras se sentó á una mesa mientras que Sara se enjugaba la frente, y dijo á la Pelona en buen francés:

— Señora, haced que nos sirvan algo de beber.

La entrada de estas dos personas en la taberna había excitado la curiosidad de todos: su traje y sus modales indicaban que eran del todo extraños en aquel sitio, y en su fisonomía inquieta y turbada se veía que algún motivo importante les había conducido á él.

El Churiador, el Maestro de Escuela y la Lechuza los observaban con extraordinaria curiosidad.

Tomás Seyton dijo por segunda vez y con impaciencia á la Pelona, que llena de sorpresa participaba también de la admiración general:

— Señora, hemos pedido algo que beber: tened la bondad de servirnos.

Muy hueca la tabernera al oír tan cortés y para ella desusado lenguaje, salió del mostrador, y apoyándose con afabilidad en la mesa de sus nuevos parroquianos, les preguntó:

— ¿Queréis una azumbre de vino, ó una botella lacrada.

— Traednos una botella de vino, vasos y agua.

— Sirvió al punto la tabernera lo que la habían pedido; Tomás Seyton la dió un napoleón, y rehusando tomar el cambio que le devolvía, la dijo:

— Guardadlo, buena amiga, y echad con nosotros un trago de vino.

— Muchas gracias, caballero, — respondió la tía Pelona mirando al hermano de la Condesa con un aire lleno de gratitud y admiración.

— Habíamos citado á un amigo — dijo Seyton — para una taberna de esta calle, y creo que nos hemos engañado.

— Este es el *Conejo Blanco* para lo que gustéis mandar, caballero.

— Pues no hay duda que es aquí, — dijo Seyton haciendo á Sara una seña de inteligencia. — Sí, en el Conejo Blanco es en donde debía esperarnos...

— Y por cierto que no hay dos *Conejos Blancos* — dijo con orgullo la Pelona. — Pero decidme ¿qué señas tiene vuestro camarada?

— Alto y delgado, cabello y bigote castaño claro, — dijo Seyton.

— Ya, ya caigo: es el mismo que estaba aquí hace un momento... Un carbonero muy alto entró á decirle no sé qué, y se marcharon juntos.

— Pues á los dos buscamos precisamente — dijo Seyton.

— ¿Estaban solos? — preguntó Sara.

— Distingo; el carbonero solo estuvo aquí un instante; pero el otro amigo vuestro ha cenado con la Cantaora y el Churiador; — y señaló con una mirada al convidado de Rodolfo, que permanecía aún en la taberna.

Tomás y Sara se volvieron hacia el Churiador, y después de algunos momentos de examen dijo Sara en inglés á su compañero:

— ¿Conoces á ese hombre?

— No. Carlos había perdido la pista de Rodolfo al entrar en estas calles del infierno, y viendo á Murph rondar la taberna disfrazado de carbonero y mirar á cada paso por los vidrios, creyó que había alguna novedad y fué al punto á avisarnos... Pero Murph lo echó de ver sin duda.

Mientras pasaba esta conversación en voz baja y lengua extranjera, el Maestro de Escuela dijo á la Lechuza mirando á Tomás y Sara:

— El *mandria* ha largado una *moa de mina menor*<sup>1</sup> á la Pelona. Lluve, y el viento sopla que rabia: cuando se *najen*<sup>2</sup> les echaremos el guante; yo *agafaré*

<sup>1</sup> El simple ha dado una moneda de plata.

<sup>2</sup> Marchen.

*al engibacaire*<sup>1</sup> velis nolis, que como va con su *pençúria*<sup>2</sup> seguro es que no dará un *bramo*<sup>3</sup>.

Aun cuando Tomás y Sara hubiesen oído este odioso lenguaje nada hubieran comprendido de él.

— Bien pensado, tienes unos vientos como un perdiguero, — repuso la Lechuza. — No tengas cuidado, porque si el *mandria bramase*, ya sabes que llevo en la faltriquera el vitriolo, y le rompería el frasquillo en la *coba*<sup>4</sup>... es preciso dar de beber á los niños para que no lloren... Dime, palomo, cuando hallemos á la Chillon nos la hemos de llevar ¿verdad? Me parece que la tengo entre las uñas... Ya la untaremos el hocico con vitriolo para que no ande tan soberbia con su linda *fila*<sup>5</sup>.

— Mira, Lechuza, tanto me vas prendando que al fin y al cabo he de venir á casarme contigo — dijo el Maestro de Escuela. — En valor y destreza no hay quien te ponga el pie delante... Bien te he marcado la noche del boyero; entonces dije para mi colete : Esta mujer es capaz de trabajar mejor que un hombre.

— Por cierto que sí, palomito : si el Esqueleto hubiera tenido una mujer como yo para *desmicar*<sup>6</sup>, no le hubieran cogido el *baraustador* en la *tragadera del mulando*<sup>7</sup>.

— Buena china le tocó : no saldrá de la *trena*<sup>8</sup> hasta que vaya á la *basilea*<sup>9</sup>. Un bulto menos y un claro más.

— ¿Qué lenguaje extraño hablan aquellos dos? — dijo Sara que había oído involuntariamente las últimas palabras del Maestro de Escuela y de la Lechuza : y luego añadió señalando al Churiador :

— Acaso sabremos algo de Rodolfo preguntando á aquel hombre.

— Vamos á ver, — dijo Seyton; y dirigiéndose al Churiador añadió : — Buenas noches, camarada. Debíamos hallar aquí á un amigo con quien habéis cenado, y puesto que le conocéis ¿podrís decirnos á dónde ha ido?

— Demasiado le conozco : hace dos horas que me santiguó la *fila* por causa de la Cantaora.

— ¿No le conocíais antes?

— Jamás... Nos encontramos en el portal de la casa de Brazo Rojo.

— ¡Patrona! otra botella de lo bueno — dijo Tomás Seyton.

<sup>1</sup> Yo robaré al rufián.

<sup>2</sup> Manceba.

<sup>3</sup> Grito.

<sup>4</sup> Boca.

<sup>5</sup> Cara.

<sup>6</sup> Observar.

<sup>7</sup> El puñal en la garganta del muerto.

<sup>8</sup> Prisión.

<sup>9</sup> Patíbulo; horca.

Sara y él apenas habían tocado el vino, pues tenían los vasos llenos; mas la tía Pelona, sin duda para hacer los honores de su taberna, había apurado distintas veces el suyo.

— Nos servireis en la mesa del señor, si no lo lleva á mal, — añadió Seyton dirigiéndose con Sara á donde estaba el Churiador, que atónito y alegre al verse tratar de un modo para él tan extraño, miraba sin pestañear á los dos desconocidos.

El Maestro de Escuela y la Lechuza seguían hablando en voz baja y en caló de sus proyectos siniestros.

Servida la botella continuaron la sesión Sara y su hermano en compañía del Churiador y de la tabernera, que había creído superflua una segunda invitación.

— ¿Con que habéis encontrado al amigo Rodolfo en el portal de Brazo Rojo? dijo Tomás Seyton brindando con el Churiador.

— Sí, — respondió éste; y enjugó el vaso con una presteza admirable.

— Vaya un nombre raro ese de Brazo Rojo. ¿Quién es Brazo Rojo?

— *Tomaor del dos*, — dijo con indiferencia el Churiador; y luego añadió : — ¡Qué vino tan asombroso, tía Pelona!

— Por eso no debéis permitir que bostece el vaso, camarada, — repuso Seyton llenando otra vez el del Churiador.

— Á vuestra salud — dijo éste, — y á la de vuestro amiguito, que no parece sino que... en fin, adelante... Si mi tío fuera hembra sería mi tía, como dice el refrán... Vaya que sois ladino ¡eh!... ya caigo en la cuenta...

Un color casi imperceptible se asomó á las mejillas de Sara. Su hermano continuó :

— No he entendido bien lo que me habéis dicho de ese Brazo Rojo : ¿salía de su casa Rodolfo?

— Os he dicho que Brazo Rojo es *tomaor del dos*.

Tomás miró con sorpresa al Churiador.

— No entiendo. ¿Qué quiere decir *tomaor al... de?*...

— ¡Toma! *tomaor del das* quiere decir contrabandista. Parece que no *echáis de la osetá*<sup>1</sup>.

— Amigo, no comprendo una jota.

— Quiero decir que no habláis caló como el señor Rodolfo.

— ¿Caló? dijo Tomás sorprendido y mirando á Sara.

— Vaya, está visto; sois unos *mandrias*... pero el amigo señor Rodolfo, ese sí que es un buen *jorgolin*<sup>2</sup> : aunque pintor de abanicos pudiera enseñarme á mí

<sup>1</sup> No habláis caló.

<sup>2</sup> Compañero.

el caló... Vaya pues, ya que no entendéis el habla de la gente honrada, os diré en buen romance que Brazo Rojo es contrabandista, y que tiene un jabardillo en los Campos Eliseos. Y no se crea que vendo á nadie con decir que Brazo Rojo es contrabandista... porque él mismo lo dice en las barbas del resguardo... pero el diablo que lo coja; es más ladino que un zorro.

— ¿Qué tenía que hacer ese hombre con Rodolfo? — preguntó Sara.

— Por mi abuelo, señor... ó señora... ó como gustéis... que nada sé: tan cierto como este trago. Esta noche me estaba chanceando con la Cantaora, y aun me parece que tenía ganas de zurrarla: se metió en el portal de la casa de Brazo Rojo; la seguí... la noche estaba como boca de lobo... en lugar de coger á la Cantaora me cogió á mi el camarada Rodolfo y me sacudió el polvo. Sobre todo los puñetazos de despedida... ¡Cáspita, qué bordados!... Tiene un brazo de hierro... Pero con algunas lecciones que me dé también saldré maestro del arte.

— ¿Qué clase de hombre es Brazo Rojo? ¿en qué se ocupa? preguntó Tomás.

— ¿Quién? ¿Brazo Rojo? vende todo lo que no se puede vender, y hace todo lo que no se puede hacer. Ese es su comercio. ¿Verdad, tía Pelona?

— ¡Oh, sí! la cueva en que él se meta ya tendrá más salida que una, — dijo la tabernera. — También es dueño de una casa en la calle del Temple... buen tugurio por cierto... Pero adelante: á quien Dios se la dió... — añadió temiendo haber dicho demasiado.

— ¿Qué señas tiene la casa de Brazo Rojo en esta calle? — preguntó Seyton al Churiador.

— Número 13.

— Puede ser que algo averigüemos allí: mañana enviaré á Carlos, — dijo Seyton á su hermana.

— Puesto que conocéis al señor Rodolfo, — dijo el Churiador — podéis alabaros de tener un amigo excelente... un buen muchacho. Si el carbonero no hubiese entrado á tiempo, se hubiera roto la jeta con el Maestro de Escuela, que está allá en el rincón con la Lechuza... ¡Rayo! no sé como no la mato al acordarme de lo que hizo á la Cantaora... Paciencia... á su tiempo maduran las uvas, como dice el otro.

Se oyó dar las doce de la noche en el reloj del ayuntamiento.

La luz del quinqué de la taberna expiraba por momentos. Los huéspedes del Conejo Blanco habían desfilado uno á uno, y sólo quedaban en la sala el Churiador, sus dos compañeros, el Maestro de Escuela y la Lechuza.

El Maestro de Escuela dijo á la tuerta:

— Vamos á escondernos en el portal de enfrente y veremos salir á estos polluelos. Si tuercen á la izquierda les aguardaremos en la esquina de la calle de San Eloy; si tuercen á la derecha, en los escombros al lado de la tri-

pería; hay allí una cueva á propósito, y tengo arreglado mi plan.

— El Maestro de Escuela y la Lechuza se dirigieron hacia la puerta.

— Con que nada *privais ni muffis* <sup>1</sup> esta noche, — les dijo la tabernera.

— No, tía Pelona... sólo hemos entrado para abrigarnos — repuso el Maestro de Escuela; y salió al momento con la Lechuza.

## VII

### LA BOLSA Ó LA VIDA

Volvieron en sí Tomás y Sara de la distracción en que se hallaban, al oír el ruido que hizo la puerta al cerrarse. Levantáronse dando gracias al Churiador por las noticias que les había comunicado, y éste salió de la taberna á tiempo que el viento redoblaba su furia y la lluvia caía á torrentes.

El Maestro de Escuela y la Lechuza, emboscados en un portal enfrente de la taberna del Conejo Blanco, vieron que el Churiador se alejaba por el lado de la calle en donde había una casa demolida. El ruido de sus pasos, algo entorpecidos por las frecuentes libaciones de la cena, se confundieron luego con los bramidos del viento y con el estrépito de la lluvia que azotaba las paredes.

Tomás y Sara salieron también de la taberna y tomaron una dirección opuesta á la del Churiador.

— Van perdidos — dijo el Maestro de Escuela á la Lechuza. — Prepara el vitriolo; ¡atención!

— Descalcémonos para que no nos sientan — repuso la Lechuza.

— Tienes razón.

Descalzóse la odiosa pareja, y pegados á la pared se fueron ambos deslizándose á favor de la obscuridad.

Favorecidos por este ardid, el Maestro de Escuela y la tuerta siguieron á Tomás y Sara tan de cerca, que casi los tocaban.

— Afortunadamente nos aguarda el coche en la esquina de la calle — dijo Tomás Seyton: — porque la lluvia nos va á calar. ¿Tenéis frío, Sara?

— Puede ser que averigüemos algo por medio del contrabandista; de ese Brazo Rojo — dijo Sara sin responder á la pregunta de su hermano.

Éste se detuvo de repente y replicó:

— No es ésta la calle; debimos tomar á la izquierda al salir de la taberna; para llegar al coche hemos de pasar por delante de una casa demolida. Volvamos atrás.

<sup>1</sup> Bebéis ni coméis.

El Maestro de Escuela y la Lechuza que seguían de cerca á sus víctimas, se escondieron en el hueco de una puerta á fin de no ser vistos por Tomás y Sara, que casi pasaron tocándoles con el codo.

— Prefiero que vayan por el lado de los escombros, dijo en voz baja el Maestro de Escuela : — Si se resisten... ya tengo hecho mi plan.

Sara y su hermano volvieron á pasar por delante del Conejo Blanco y llegaron á los escombros de una casa medio demolida, cuyos subterráneos estaban descubiertos y formaban un precipicio á la largo de la calle.

Con la ligereza de un tigre que se lanza sobre su presa, dió de repente un salto el Maestro de Escuela, y asiendo á Tomás por el pescuezo con una mano, le dijo :

— El dinero, ó te echo en esa cueva.

Y empujando á Seyton hacia atrás le hizo perder el equilibrio y lo suspendió con una mano sobre la profunda excavación, mientras que con la otra agarró de un brazo á Sara, que se sintió apretar como con un torno.

Antes que Tomás hiciese el menor movimiento, la Lechuza le registró los bolsillos con maravillosa destreza.

Sara no gritó ni opuso resistencia alguna, y dijo á su hermano con serenidad :

— Dale el bolsillo, Tomás. — Y dirigiéndose al bandido añadió : No nos hagáis mal, pues no hacemos resistencia.

La Lechuza, después de haber registrado escrupulosamente los bolsillos de las dos víctimas, dijo á Sara :

— Á ver las manos ; veamos si tienes sortijas. No... Ni siquiera un anillo... ! qué miseria !

Tomás Seyton no perdió su sangre fría mientras duró esta escena tan rápida como imprevista, y dijo al Maestro de Escuela, cuya mano le apretaba con menos violencia :

— ¿ Queréis hacer un cambio ? Mi cartera contiene papeles que no os servirán : volvédmela y mañana os daré veinte y cinco luises de oro.

— Ya... para cogernos en el garlito — repuso el bandido. — Vamos, lárgate y no mires atrás : bien librado has salido á poca costa.

— Aguarda, mira — dijo la Lechuza. — Si es hombre de bien, podrá recobrar su cartera. — Y dirigiéndose luego á Seyton añadió : ¿ Sabéis el llano de San Dionísio ?

— Sí.

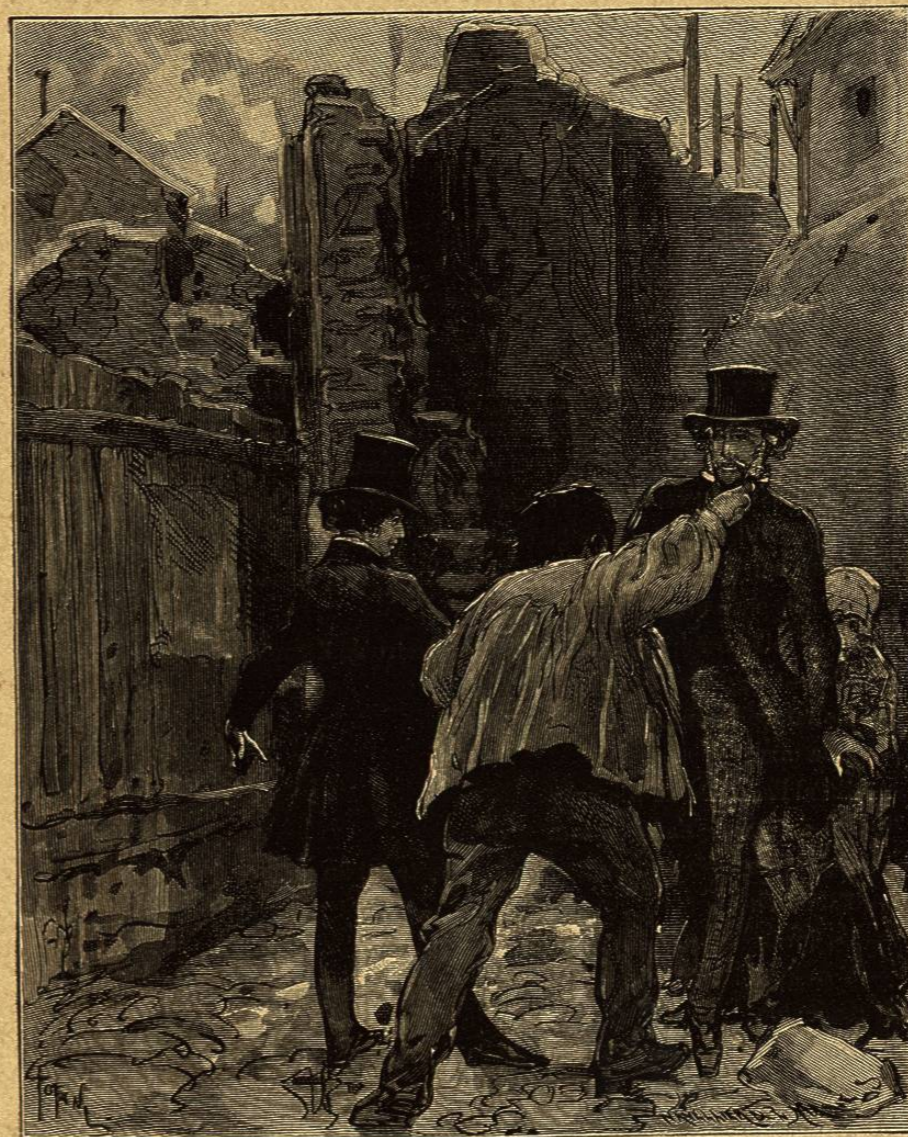
— ¿ Sabéis donde está San Ouen ?

— Sí.

— Enfrente de San Ouen, al fin del camino de la Revolte, el campo es llano y la vista alcanza lejos. Salid allí mañana solo con el dinero, llevaré la cartera, si me dais os daré.

— ¡ Mira que te va á coger, Lechuza !

— ¿ Soy yo alguna tonta ? El campo es descubierto y se ve desde larga distancia. No tengo más que un ojo, pero es bueno ; y si va acompañado



Sara no gritó ni opuso resistencia...

el *gerifalte*, ya pondré los pies en polvorosa y se quedará sin la cartera. Ocurriósele de repente á Sara una idea, y dijo al bandido :

— ¿ Queréis ganar dinero ?

— Si.

— ¿Habéis visto en la taberna de donde venimos todos, porque ahora os reconozco, á un hombre á quien ha ido á buscar un carbonero?

— ¿Uno delgado con bigotes? Sí; me iba á comer un pedazo de aquel espárrago, pero no me dió tiempo... Me aturdió con dos puñetazos y me hizo caer sobre un banco... por la primera vez de mi vida... ¡Pero yo me vengaré!

— Bueno, pues de ese es de quien hablo, — dijo Sara.

— ¿De él? — gritó el Maestro de Escuela. — Vengan, 1,000 francos y le mato...

— ¡Miserable! ¿quién habla de matar?... — dijo Sara al Maestro de Escuela.

— ¿Qué queréis entonces?

— Salid mañana al llano de San Dionisio y hallaréis allí á mi compañero, — continuó Sara: — ya veréis como está solo, y os dirá lo que habéis de hacer. Si cumplís, no sólo os dará 1,000 francos sino 2,000.

— Mira, palomito — dijo en voz baja la Lechuza al Maestro de Escuela, — es negocio de dinero; ésta es gente que *habilla los parnés*<sup>1</sup> y quieren deshacerse de algún enemigo: este enemigo es sin duda el *gayon*<sup>2</sup> que te querías tragar... Es preciso ir: yo iré en tu lugar... Dos mil francos, querido, valen la molestia de andar un poco de camino.

— Bien está, irá mi mujer, — dijo el Maestro de Escuela. — La diréis lo que se ha de hacer, y veremos...

— Mañana á la una.

— Á la una.

— En el llano de San Dionisio.

— En el llano de San Dionisio.

— Entre San Ouen y el camino de la Revolte, al fin del camino.

— Está dicho.

— Os llevaré vuestra cartera.

— Y os daré los 500 francos prometidos, y arreglaremos el otro negocio si sois razonable.

— Bueno; ahora coged á la derecha, que nosotros nos vamos por la izquierda: y cuidado con que nos sigáis; porque sino...

Alejáronse precipitadamente el Maestro de Escuela y la Lechuza, y Tomás Seyton y Sara se dirigieron hacia al atrio de Nuestra Señora.

Un testigo invisible había presenciado esta escena... el Churiador se había metido en los escombros de la casa demolida para abrigarse de la lluvia. Inte-

<sup>1</sup> Gente rica ó de dinero.

<sup>2</sup> Rufián.

resóle vivamente la proposición que acerca de Rodolfo hizo Sara al bandido, y alarmado por el peligro que creyó amenazaba á su nuevo *amigo*, sintió no tener en su mano el medio de salvarlo. Su odio al Maestro de Escuela y á la Lechuza pudo haber contribuído á despertar este sentimiento.

Determinó advertir á Rodolfo del peligro que le amenazaba, pero no sabía cómo hacerlo, habiendo olvidado las señas de la casa del titulado pintor de abanicos. ¿Cómo pues hablar á Rodolfo si por ventura no volvía á la taberna del Conejo Blanco? Entregado á estas reflexiones, el Churiador había seguido maquinalmente á Tomás y Sara, y los vió subir al coche que los aguardaba en el atrio de Nuestra Señora.

Al partir el coche saltó á la zaga el Churiador, y á la una de la noche se detuvo el carruaje en el baluarte del Observatorio, donde se apearon Tomás y Sara y desaparecieron en una callejuela que empieza en aquel sitio. Como la noche era muy oscura, el Churiador sacó de la faltriquera una grande navaja, hizo con ella una profunda señal en uno de los árboles cercanos al callejón, á fin de reconocer al día siguiente el lugar en que se hallaba y dirigióse luego á su habitación, de la cual se hallaba muy distante.

Largo tiempo hacía que no había disfrutado un sueño tan profundo y tranquilo como el de esta noche, y sin que le aterrara la horrible visión del sargento y de los soldados moribundos.

## VIII

### EL DESEO

Hermoso y radiante en medio de un purísimo cielo, brillaba el sol de otoño la mañana que siguió á la noche en que ocurrieron la escenas referidas. Aunque por la elevación de las casas y lo estrecho de las calles es siempre obscuro el barrio de la Cité, parecía, sin embargo, menos horrible á la luz de tan hermoso día.

Á las once de la mañana entró Rodolfo en la calle de Eeves, y se dirigió á la taberna del Conejo Blanco, ya fuese porque no temía el encuentro de las personas con quienes había estado la vispera, ó bien porque quería buscarlas.

Iba vestido de obrero como el día anterior, pero en su traje se notaba mayor esmero, pues llevaba una blusa nueva abierta por el pecho que descubría una camisa de lana roja cerrada con botones de plata; el cuello de otra camisa de tela caía sobre una corbata de seda negra anudada sin aliño; los rizos de su pelo castaño caían alrededor de una gorra de terciopelo azul celeste con visera